

concreta de los jóvenes proyectada hacia la religión pide hechos religiosos y compromisos.

Pero si los jóvenes quieren una religión sin abstracciones pietistas y pretenden su compromiso con la historia y con el mundo, es preciso e ineludible que ni ellos ni sus educadores partan de cero, sino que en la comunidad educativa, a la hora de impartir una educación y formación religiosa, cuenten los padres de familia, los educadores, la Iglesia y la sociedad. Y que la relación educador-educando promueva el desarrollo de la personalidad de éste ayudándole a que sea él mismo quien construya su propia personalidad.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

VALLET DE GOYTISOLO, Juan: *Ideología, praxis y mito de la tecnocracia*. Escelicer. Madrid, 1971. 160 págs.

Es corriente contraponer tecnocracia e ideologías como un dilema dialéctico, como términos antagónicos, que nuestro tiempo ha de superar, optando por la tecnocracia. Se habla de las ideologías y de su «ocaso» sin pensar, a veces, que aquello por lo que se las sustituye es otra ideología más.

Vallet de Goytisoló, doctísimo hombre de Derecho y buen filósofo jurídico-político, atento constantemente a los grandes problemas político-sociales de la actualidad, a los que viene dedicando en una feliz profusión notables publicaciones, se propone en este libro examinar si esa contraposición y el dilema planteado «pueden resistir algunas sencillas reflexiones». Para ello empieza el autor por precisar los conceptos o términos contrapuestos, de ideología y tecnocracia.

Al lado de conceptos subjetivos y psicosociológicos de la ideología (opiniones, deseos) contrapuestos al ontológico, aparece un concepto objetivo que se halla al relacionar el término «ideología» con el de «idea», de la que deriva. Y aquí, como método de estudio, el nominalismo y el realismo de todos los tiempos se dividen; el primero que, en su negación de los universales, califica de ideología a toda forma elevada de pensamiento y a toda idea religiosa, mientras que el realismo moderado entiende por ideologías los pretendidos intentos de construir el mundo partiendo de ideas intuitas que, por deducción racional, se quieren aplicar a la construcción de la ciudad humana. Califican otros de ideologías a todos aquellos modos de pensar que se opongan o no obedezcan a su *praxis*, aunque con ésta—como puntualiza críticamente el autor—«lo que impulsen y desarrollen por todos los medios es el logro de una meta que es puramente idealista».

Tres son, pues, según V. de G., los conceptos de lo que son las ideologías: uno *amplísimo* que abarca toda concepción económica, política o social que admita ideas universales, aunque éstas sean inducidas de la realidad o conocidas por la «Revelación». Otro cuerpo es el *estricto*, que «tan sólo califica así a aquellas concepciones del mundo fundadas en ideas intuitas, en puras construcciones mentales, sin que importe al res-

pecto que luego para su desarrollo y realización práctica utilicen las técnicas más rigurosas de todo orden». Y un tercer concepto, además de los dos filosóficos expuestos, es el puramente subjetivo o *arbitrario*, «que no excede de ser un calificativo denigratorio para quien no piense como quien lo emplea».

Para comprobar si la tecnocracia obedece o no a una concepción ideológica el autor se refiere, a través de los capítulos del libro, a «emplear como patrón» el concepto estricto.

La tecnocracia es caracterizada por la «primacía que otorga al desarrollo económico» (productividad y elevación del nivel de vida); por la «praxis neo-ortodoxa u ortopraxis» con la imposición de sus dogmas (relativismo, evolucionismo y naturalismo); por el «empleo, a dicho fin, del método de las ciencias físicas y la técnica de la planificación», pretendiendo realizar la racionalización de todo a través de los llamados *planes de desarrollo*; procurar la concentración industrial, la ordenación estatal del crédito, de la exportación e importación, previsiones y exenciones fiscales, masificación dirigida y orientación de la enseñanza a los logros económicos y sociales pretendidos.

Ahora bien, siendo así, ¿es la tecnocracia antitética a las ideologías o, por el contrario, es una ideología más? A este problema dedica el autor la segunda parte del libro. Y para contestar a esos interrogantes que nosotros hemos formulado y considerar o no la tecnocracia como una ideología, presenta en unos breves y condensados capítulos los «itinerarios ideológicos hacia la tecnocracia», en los que hace la «disección» de los elementos que constituyen la base de la tarea que se asigna a la tecnocracia, y establece críticamente la comparación con las notas integrantes de la noción de ideología.

En primer lugar, tras los dos grandes «dogmas» de la tecnocracia: eliminación de todo intento objetivo de comprender el orden del universo y su sustitución por el análisis de la materia, y la ordenación racionalista de la vida, aborda el autor el «planteamiento actual de la ideología tecnocrática» con su método y plan para lograr la realización de la idea.

Naturalmente—dice V. de G.—, «todo lo que sea facilitar la racionalización es previamente favorecido por la tecnocracia, la homogeneización social, la formación de la sociedad de consumo, la concentración de empresas, el dominio de los medios de comunicación social, el desarrollo de las grandes ciudades, el fortalecimiento de la burocracia, etc.». Son medios que se elevan a fines. Es una concepción ideológica del mundo que admite su mecanización dirigida centralmente por unos cerebros capaces de ordenarla e impulsarla del modo más perfecto (en esto ve el autor la coincidencia de tecnocracia y socialismo, aunque señala diferencias entre ellos). Pero «a la luz de los últimos hallazgos científicos» el autor critica certeramente que el determinismo, la historia y la ley dialéctica del progreso inevitable, la estructuración tecnocrática impuesta, «al ser cotejadas con los nuevos hallazgos de la ciencia resultan unos nuevos conceptos sin justificación, porque sus presupuestos científicos han sido revisados en sus raíces más profundas». No hay determinismo, sino un haz de trayectorias posibles. Y en contraposición a una ordenación cen-



tralizada desde lo alto ha de afirmarse una coordinación y complementariedad de niveles de organización.

Como fines que la tecnocracia quiere conseguir se afirma el desarrollo económico, el incremento de la productividad y elevación del nivel de vida, procurando, para conseguir esos fines, la concentración industrial y urbana que faciliten la dirección planificada y la concentración de toda clase de medios en el Estado. Pero «salta a la vista—critica Vallet de Goytisolo—que esta concepción de los fines sociales parte de una serie de postulados y de axiomas de veracidad muy discutible: el falso axioma de la racionalidad del Estado altamente centralizado (en el que quedan absorbidos o desaparecen en la dulce eutanasia del totalitarismo los entes o cuerpos intermedios); la deificación del trabajo, que se eleva de medio a fin; la subversión de los conceptos del Estado y de la economía, suplantados por la tecnocracia y la «sociedad de consumo». Por otra parte, la ordenación racionalista de la vida no lleva sino a «fabricarse» un mundo *a priori* puramente racional y subjetivo que, por ello, termina en la paradoja del más radical irracionalismo que conduce a una sociedad masificada regida por los cerebros electrónicos.

Consecuencias de estos axiomas y postulados y de unos planes económicos suprarracionalizados, son la crisis del Derecho, la inflación y desvalorización de la moneda, la sustitución de los valores morales, jurídicos y sociales por *Leviatán*, el Estado socialista o tecnocrático que dirige a la sociedad de masas y de consumo con pérdida del sentido del bien común.

En un interesante capítulo (el último de la segunda parte del libro) el autor subraya con precisión «los objetivos predeterminados por la ideología tecnocrática»: centralización política y organización mecánica de la sociedad; masificación de los individuos, «que son arrancados de sus estructuras naturales y reducidos a masa», con las evidentes consecuencias de despersonalización del hombre; inflación y devaluación económica; concentración de grandes empresas, con perjuicio o asfixia de las medianas y pequeñas, que suele llegar a la «fusión de los poderes político y económico en manos de una sola clase y, por esa vía, a la instauración del totalitarismo» (pág. 71).

Dedica la tercera parte del libro a la «praxis» tecnocrática, en la que el autor distingue cinco fases o etapas: la primera, que consiste en presentar mañosamente exagerado el cuadro de las deficiencias e injusticias existentes y crear una psicosis de cambio; la segunda etapa se esfuerza en hacer ver la necesidad de organizar algo más perfeccionado; en la tercera tiene lugar la planificación técnicamente elaborada de un proyecto ideal; la cuarta es la destrucción de las instituciones y estructuras anteriores, en las que no encuentran nada aprovechable; la quinta y última, si se llega a ella, trata de realizar el plan previsto. Finalmente—dice muy bien y sarcásticamente V. de G.—«llegamos al paraíso de la neo-ortodoxia» (todo es fluido y variable y relativo, siempre en espera de un futuro maravilloso que nunca llega).

Pero todo este proceso de la «praxis tecnológica supone una masificación del hombre y de su conciencia», mediante la que Schischkof llama «masificación dirigida» (estatificación de la enseñanza, dominio de los



poterosos medios de comunicación, dirección del ocio, sustitución de la «formación» y «educación» integral por una superficial «información» e «instrucción», que son cosas bien distintas de las anteriores), supone también este proceso de la «praxis» tecnológica la dominación de las cosas como un conjunto de instrumentos potenciales manejados por el *a priori* tecnológico, que es un *a priori* político en la medida en que la transformación de la naturaleza comprende la del hombre.

Termina el autor—cuarta parte del libro—con la exposición del mito tecnocrático. Primero, porque mitos son sus bases y fundamentos. En primer lugar, la fe tecnocrática en el mito del progreso, entendido éste como una continua mutación de condiciones en las que nada hay de permanente, pero que nunca llegará a ser realidad presente (porque eso es lo propio del mito). Pero este fundamento tecnocrático del progreso indefinido carece de fundamento consistente científico, y la creencia en el incansante cambio en busca de un mundo nuevo, de un hombre nuevo y de una nueva Humanidad, no pasa de ser una meta mítica.

Ciertamente, el crecimiento de las civilizaciones tiene—como todo lo humano e imperfecto—muchas limitaciones, y el progreso, la evolución, no son en la actualidad precisamente ascendentes, como lo demuestra la regresión e involución en tantas cosas en el plano individual, familiar, social, político e internacional. ¿Dónde queda entonces ese progreso indefinido, fundamento de la tecnocracia? ¿Está acaso en la destrucción y la revolución, en el partir constantemente de cero porque nada de lo pasado ni de lo actual es aprovechable? Mito, pues, es esa tecnocracia que desconociendo el límite cae en la «estupidez». Y mitos son los postulados y axiomas de que parte, como lo son los medios de su «praxis» y como lo es la meta de la destrucción que es donde termina el camino de lo que se creía «ese» progreso despersonalizador e inhumano.

Por eso—afirma el autor—que «la única defensa individual que nos queda frente a la doble tecnocracia-masificación, consiste en educar y desarrollar nuestra responsabilidad en el pensar, en el obrar y en el sentir y querer». Porque, sabido es, que la tecnocracia «manipula una masa inconsistente que rehuye todas las responsabilidades». Hombres responsables que no abduquen de ellas pueden prescindir de su ayuda y evitar que se les manipule a cambio.

Pero, porque los esfuerzos individuales para responsabilizarnos no podrán formar sino individualidades minoritarias, es precisa «la organización social por cuerpos naturales básicos o cuerpos intermedios, única defensa contra la tecnocracia». Porque, frente a una organización mecanizada de las masas, articulada tecnocráticamente desde arriba, «hay que reconstruir una sociedad orgánica desde sus raíces».

Mejor que los remedios quirúrgicos y ortopédicos—termina el docto autor V. de G.—hay que buscar la profilaxis y la terapéutica que reanime las sociedades y a sus miembros. Y la tecnocracia es el peligro que amenaza a la sociedad de hoy y de mañana.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.